



TEXTO



José Mª Torres
(Barakaldo, 1972)

Ingeniero industrial de profesión, de sus primeras escapadas por los montes de Triano a destinos más lejanos y olvidados después, ha realizado ascensiones a montañas en Irán, Rwanda, Camerún, Irak, Kosovo, Ucrania, Etiopía, Armenia y Turkmenistán entre otros países.

ELGON

LA MONTAÑA

OLVIDADA DE UGANDA

Las Montañas de la Luna, en las que los antiguos griegos situaban el nacimiento del río Nilo, hoy conocidas como cadena del Rwenzori, y los gorilas que viven en las selvas impenetrables de Bwindi, constituyen los reclamos más conocidos de Uganda. Sin embargo, en la otra punta del país, alejado de los circuitos más frecuentados y coqueteando con la frontera keniana, se alza el imponente Elgon (4321 m), el volcán con la mayor caldera del mundo.

Los cánticos matutinos de la cercana iglesia "Deliverance Church" amenizan nuestro desayuno en un modesto hostel de Entebbe, cuando llega Juma Chebet, nuestro guía

y compañero de viaje durante los próximos días en Uganda. Cargamos mochilas para emprender el largo viaje que aún nos separa de la ciudad de Mbale y atravesamos los

suburbios de Kampala, donde la carretera se convierte en una suerte de arteria que canaliza una actividad febril. A ambos lados de la calzada se suceden comercios a modo



Cordal cimero hacia el pico Wagagai · FOTO: Ricardo Hernani

de lonja, que exponen en sus puertas y en plena calle desde camas hasta sofás, desde columpios hasta lápidas; talleres de reparación conviven con tiendas de ropa y vistosos maniqués abrasados bajo el sol del trópico; locales de cambio de divisas dan paso a tiendas de telefonía móvil, y peluqueros suceden a herreros que fabrican puertas metálicas a medida; decenas de puestos de fruta se extienden en el suelo a lo largo de los arcenes terrosos de la carretera ofreciendo piñas, plátanos y batatas, mientras un gentío cruza de un lado a otro esquivando centenares de moto-taxis (boda-boda), coches, furgonetas colectivas y camiones que progresan con dificultad en medio de un caos perfectamente organizado...

La parada en Jinja resultaba obligatoria. En este lugar, el lago Victoria, el más grande del continente africano, desagua su enorme caudal dando origen al nacimiento del río Nilo, el más largo del planeta con permi-

so del río Amazonas, con el que mantiene una dura pugna por ostentar dicho título. La búsqueda de los manantiales del Nilo constituyó a su vez una digna competición entre exploradores y aventureros de finales del s. XIX. Sería el inglés John Hanning Speke el que reclamó su descubrimiento en el año 1862, lo que generó un agrio enfren-

tamiento con su hasta entonces compañero de viaje, Richard Burton, quien sostenía que las fuentes nacían en el lago Tanganica. Años después, Henry Stanley corroboraría las tesis del primero, en honor al cual hoy se levanta un monumento en el punto donde el mítico Nilo inicia su viaje de más de 6600 km hacia el Mediterráneo. Un grupo





Atravesando la selva pluviosa - FOTO: Ricardo Hernani

de monjas que se encuentran merendando junto al memorial a Speke es nuestra única compañía; bajamos hacia la orilla, tocamos las aguas del río, mientras una pequeña barca de pescadores faena en las cercanías de la desembocadura del Victoria bajo un intenso cielo azul. Disfrutamos del momento en un lugar que muchos aventureros y exploradores de la Royal Geographical Society soñaron un día con descubrir.

Pronto abandonamos la arteria principal en Mbale para desviarnos por una

vena de tierra roja que pone rumbo hacia las aldeas más profundas del corazón de Uganda. Atrás dejamos el bullicio de las ciudades para penetrar por una pista rural que nos adentra en otra dimensión donde el tiempo avanza mucho más despacio. El camino se encuentra bastante embarrado en algunas zonas y nuestro todoterreno tiene algunas dificultades para poder progresar; varios niños que vuelven del colegio nos saludan con la mano esperando para ver si conseguimos

salir del atolladero, y algunas mujeres con su bebé a la espalda y grandes fardos sobre su cabeza pasan junto a nosotros sin prisa mientras se dirigen hacia no sabemos qué recóndito poblado. Tras superar los tramos más delicados, llegamos finalmente hasta la aldea de Budadiri (1230 m) donde haremos noche en el humilde albergue "Rose's last chance", un alojamiento sin luz ni agua caliente, pero que nos compensa con un excelente plato de mango y piña para cenar.



paquete en un boda-boda mientras repetimos encarecidamente a nuestro conductor que conduzca despacio... *Imot-mot!*. Las motos, cargadas con las mochilas en los manillares, se lanzan dando brincos por una pista pedregosa mientras dejamos atrás Budadiri y cruzamos el puente sobre el río Sironko. Superamos humildes y dispersas viviendas, así como una escuela de primaria, hasta llegar 7 km después a Bumasola (0 h, 1710 m).

Disfrutamos de una magnífica panorámica de los cientos de pequeñas aldeas que se extienden por este recóndito lugar de África.

Rápidamente se forma un numeroso grupo de curiosos alrededor mientras Juma ultima los preparativos de la comitiva. Además de porteadores y cocineros, nos acompañarán dos *rangers* armados, Kaspát y Josef, y un hombre al que nos presentan literalmente como una "very important person" de la comunidad de Bumasola, que va a velar por que la expedición se desarrolle sin ningún tipo de problema. Nos ponemos de esta manera en marcha

por un sendero que parte detrás de la calle principal y que pronto comienza a coger altura entre humildes viviendas junto a un pequeño torrente. El camino asciende con una gran pendiente entre diversos cultivos de maíz, batatas, plataneros, aguacates y ocasionales cafetales; varios jóvenes descalzos descienden por la ladera con enormes sacos de judías sobre sus cabezas, mientras que otros ascienden de nuevo hasta los campos más altos tras haber dejado su carga, en un suponemos que diario recorrido que a nosotros nos obliga a realizar varias paradas para coger aliento.

Seguimos subiendo entre altos maizales, sorprendiendo a mujeres y hombres que cuidan de sus cosechas, y a niños que se quedan paralizados mirándonos atentamente; los más atrevidos nos dedican una sonrisa y un saludo (*ijambo!*), mientras que los más pequeños corren llorando en busca de su madre, al ver a un *mzungu*. Tras 40 minutos de duro ascenso bajo un sol de justicia, a los 2020 m de altitud cruzamos el arroyo que nos ha acompañado hasta ahora para entrar en un pequeño bosque de eucaliptos cuya madera utilizan los locales para sus quehaceres diarios, y progresamos hasta encontrar una pequeña cabaña que funciona como escuela. El alboroto es inmediato, la mayoría de los

Niños de Bumasola, en las faldas del Elgon · FOTO: Ricardo Hernani



A la mañana siguiente nos dirigimos a la cercana recepción del Parque Nacional donde nos inscribimos y nos imparten una sencilla explicación de la ruta que vamos a iniciar. Mientras tanto, en el exterior, Juma está organizando los bultos con las provisiones y las tiendas que van a subir los porteadores, al tiempo que habla con varios motoristas que nos van a acercar hasta Bumasola, el poblado desde donde iniciaremos la marcha. Terminados los preparativos, cada uno montamos de

niños abandonan sus tareas para saludarnos mientras otros se quedan escondidos entre los pupitres, y entablamos conversación con su profesor, apenas un adolescente, que nos pide algún tipo de ayuda para sacar adelante su humilde colegio...

Dejamos ahora atrás los últimos cultivos cuando un cartel nos anuncia (1 h 20 min, 2240 m) que entramos en la reserva de la biosfera del Monte Elgon, un solitario e imponente volcán extinguido con una caldera de casi 40 km² que, gracias a sus colosales dimensiones, ocupa por derecho un puesto de honor en el ranking de montañas del Eastern Africa, tras el Kilimanjaro y Meru en Tanzania, el Mt. Kenia, el pico Margherita en la cadena de los Rwenzori y el Karisimbi ruandés. La senda progresa, todavía con gran pendiente, realizando varios zigzags en dirección a la pared rocosa cubierta de vegetación hacia la que nos dirigimos, y que conseguiremos superar gracias a varios tramos de escaleras metálicas. Realizamos una breve parada tras dejar atrás el último peldaño, para disfrutar de una magnífica panorámica de los cientos de pequeñas aldeas, chozas y cultivos dispersos que se extienden por las colinas de este recóndito lugar de África.

A partir de este momento nos sumergiremos en otro universo, el de la selva lluviosa, primitiva, impenetrable y asfixiante donde una naturaleza en mayúsculas impone su ley. Bancos de niebla ocasionales se enredan en los líquenes que cuelgan de las ramas de enormes árboles, como vie-

jas telarañas de un mundo antiguo que permanece inmutable desde el principio de los tiempos. Avanzamos entre la densa jungla mientras algunos pájaros levantan el vuelo en las copas más altas y una familia de monos nos observa con inquietud desde la espesura, hasta llegar a un primer campamento junto al río denominado Sasa River Camp (3 h 30 min, 2900 m). El lugar, formado por dos cabañas y un cobertizo, sirve como refugio para aquellos que optan por completar la ruta en 4 días; nosotros, que tenemos planeado terminarlo en un día menos, realizaremos sólo una parada para comer, continuando el ascenso a través de la selva tropical. Kaspat es uno de nuestros *rangers* y pertenece a la tribu de los *bagisu*, una etnia bantú, cuyos ancestros han vivido en las faldas del Elgon durante generaciones; aprovechando las breves paradas que hacemos durante el ascenso, nos explica alguna de las costumbres de su pueblo, como la ceremonia del *Imbalu* o de la circuncisión, o de cómo sus antepasados han utilizado los innumerables recursos que ofrece la selva con fines medicinales.

Ascendemos entre lobelias y senecios gigantes que salpican un paisaje prehistórico

A medida que ganamos altura dejamos atrás este ecosistema tan hostil como generoso, para avanzar por el denominado bosque de bambú, elemento que también juega un papel esencial en la cultura y la gastronomía de los *bagisu*. Por terreno más despejado llegamos a Sasa Patrol Hut (5 h, 3320 m), una sencilla construcción de madera techada que se encuentra a los pies de la cabaña donde los guardas mantienen un puesto de vigilancia contra los furtivos, y donde apuntaremos nuestros nombres en un libro a modo de control. A esta altitud el paisaje ha cambiado por completo y ahora es el monte bajo, los arbustos y los esporádicos senecios gigantes los que nos acompañarán hasta Mude Cave Camp (6 h 30 min, 3480 m), el refugio donde pasaremos la noche.



Los porteadores se nos han adelantado y, cuando llegamos, nuestro cocinero ya está preparando dentro de la choza un poco de arroz y de pollo para cenar, que completaremos con sandía, piña y el omnipresente té. Es noche cerrada y, a la luz de las frontales, sentados alrededor del fuego, Juma nos cuenta su sueño de hacer prosperar su joven empresa. Nos explica que él pertenece a la otra gran tribu hija del Elgon, los *sabiny*, grandes ultrafondistas emparentados con los *kalenjin* kenianos, y nos explica que su ilusión es salir adelante dando a conocer las posibilidades que ofrecen el Monte Elgon y las desconocidas cascadas de Sipi de donde él es natural. El frío es intenso y sólo quedan unas pocas brasas cuando nos reti-

Cima Mt. Elgon. Pico Wagagai · FOTO: Ricardo Hernani





Jackson pool · FOTO: Ricardo Hernani

ramos a las tiendas que hemos instalado dentro de la cabaña donde intentaremos conciliar nuestros propios sueños.

Amanece en nuestro pequeño campamento bajo un intenso frío marcado por la altitud y la temprana hora a la que nos levantamos, y que obliga a abrigarnos cuando nos ponemos en marcha (0 h, 3480 m). Ganamos altura progresivamente a través del páramo mientras un fantasmagórico disco solar intenta liberarse de las nieblas de la mañana. El solitario canto de algunos pájaros rompe el silencio de nuestra marcha, que avanza hasta llegar a una bifurcación señalizada (0 h 50 min, 3730 m). Un cartel indica que, de frente, la senda se dirige hacia Jackson Pool mientras que, a la izquierda, el camino se dirige hacia la Cal-

dera / Hot Springs. Nosotros seguiremos la primera opción, pero antes aprovechamos la parada para escuchar a Josef –nuestro otro *ranger*–, narrar la historia de Masaba (nombre que significa “montaña” en lengua local y que los *bagisu* utilizan para referirse al Elgon), en recuerdo al primer ancestro de la tribu que, según la leyenda, surgió de una cueva situada en las alturas del monte.

De nuevo en marcha, ascendemos entre lobelias y senecios gigantes que salpican un paisaje prehistórico, hasta que llegamos al pequeño lago de Jackson Pool (1 h 45 min, 3940 m). Dirigimos ahora nuestros pasos hacia Jackson Peak, una llamativa formación rocosa en forma de huevo que debe su nombre al inglés Frederick John Jackson, que exploró estas tierras en 1889

liderando una expedición de la Imperial British East Africa Company. Llegaremos así hasta el collado que se encuentra al pie del mencionado pico (2 h 30 min, 4070 m) para realizar un corto descenso con el fin de atravesar una pequeña depresión del terreno y alcanzar el cordal que se dirige hacia el sur. Llameamos por terreno sencillo hasta una gran plataforma de piedra donde admiramos el paisaje que nos ofrece la enorme caldera, donde subsisten varios pequeños lagos perpetuos. Desde este lugar sólo nos quedará superar un último tramo rocoso para coronar la cúspide del Monte Elgon (4 h 15 min, 4321 m) desde donde admiramos la inmensidad del paisaje que nos regala el pico Wagagai bajo un cielo azul inigualable como sólo África puede ofrecer.